

## Artículos

Selección de artículos periodísticos publicados de 1999 a 2004 en el Diario El Comercio, Lima 1999.

### La isla de Circe

(de cómo transcurre el tiempo en Cuba)

¿Saben qué fue lo que más me llamó la atención cuando viajé a Lima por primera vez? Lo apurada que andaba la gente en la calle, como si cada quien tuviera un fuego que apagar en algún sitio. Tres meses después me sorprendí cruzando el Parque Kennedy como el correccaminos. Cinco años más tarde y varios viajes de por medio, me han servido para aprender que en el mundo entero la gente anda apurada. Menos en La Habana.

Yo siempre regreso a La Habana porque todos vuelven. Ahora llevo tres meses, y ya empieza a preocuparme este entumecimiento feliz, este letargo de explorador que atraviesa el Himalaya en medio de una tormenta de nieve. Les juro que se contagia. Ese andar de los habaneros que los hace parecer hombres inmortales, gente que tiene ciento cincuenta años por delante para visitar a un sobrino, tres horas para tomar un autobús o toda una noche para saludar a ese vecino con el que acaban de cruzarse y al que ven todos los días.

Porque si algo rico tiene este país pobre que es Cuba, son sus yacimientos de tiempo. Uno puede vivir con la certeza de que un minuto aquí dura al menos ciento veinte segundos. Por eso la gente anda con calma, y repiten constantemente una frase que parece el inviolable oncenio mandamiento de los cubanos: "Cógelo con calma". En las esquinas del barrio los chicos están sentados jugando dominó, en el malecón las parejas y los borrachos están sentados, en los paraderos la gente está parada, y en el resto de la vía pública los turistas son los únicos apurados.

Un taxi colectivo tiene su itinerario invariable. Y como se trata de un chevrolet de los años cincuenta, el longevo motor se toma su tiempo tosiendo trabajosamente, el chofer maniobra su palanca como si en lugar de una caja de velocidades se tratara de un cajón de lentitudes, y después de que aquella especie de dinosaurio inicia su dudoso recorrido, el propio chofer puede parar y bajar a tomarse un cafecito al paso mientras advierte a modo de disculpa: «No es fácil». Y dentro del carro todos sudan y lo comprenden y lo cogen con calma.

Al final uno termina dejándose llevar como Ulises cuando conoció a Circe en aquella isla donde los días duraban meses. Ayer en la mañana salí a comprar cigarrillos y empecé perdiendo media hora en la esquina para hablar de béisbol. Luego me tropecé con un amigo que me invitó a que le pagara un par de cervezas que se convirtieron en seis. Entonces tuvimos hambre y decidimos incursionar en un sitio donde demoraron otro par de horitas en atendernos. Mientras nos despedíamos cubanamente nos sorprendió la noche.

Pero lo curioso fue que cuando llegué a mi casa preocupado por haberme ausentado durante tanto tiempo, mi padre me preguntó distraído: «¿Encontraste los cigarrillos?» Y siguió en lo suyo como si tal cosa. Yo no me voy a morir en Lima, y menos en París con aguacero. Cuando presienta el fin vendré a La Habana, y mandaré a buscar la muerte con un cubano. Estoy seguro que en lo que tarda podré matar un elefante a pellizcos o escribir El Quijote.



### Opinar en tiempos de cólera

(sobre la opinión)

Vivimos en la era de la opinión. Hoy todo el mundo opina, el otro día tuve que ver a uno de nuestros más televisados intelectuales diciendo que su opinión era respetable porque era propia. Ante una afirmación así lo más aconsejable es hacer exactamente lo mismo que los maestros Zen: golpear con el báculo lo más fuerte posible la cabeza de quien la formula. O aplicar la variante moderna: saltarle encima y tirar de su respetable corbata hasta que comprenda y declare públicamente que está en un error.

Fernando Savater lo ha dicho mejor que yo en ese Diccionario Filológico que no es un diccionario. Hay muchas cosas respetables en este mundo: el pan que se gana el prójimo con el sudor de su frente, la cornamenta de ciertos toros y las monjas de verdad. Una opinión puede ser cualquier cosa, menos respetable. El teorema de Pitágoras es respetable, la perra Laika que mandaron los rusos al cosmos sin consultarle es respetable, Romeo y Julieta son respetables, pero ¿una opinión, cualquier opinión? Desde el momento en que una opinión se autodeclara incuestionable, se convierte en un dogma, y ya se sabe que casi ningún dogma sirve al hombre, sino a algunos sinvergüenzas que les gusta aprovecharse del hombre (y de la mujer). He aquí, según Savater, el uso falaz que solemos darle a la opinión: este es mi criterio, y como es muy mío no estoy dispuesto a cambiarlo ni a

confrontarlo con cualquier advenedizo.

Pero existe ese otro carácter que le damos a la opinión y que es como su verdadera piel. A nadie se le ocurre «opinar» que La Habana es la capital de Cuba, porque eso es indiscutible. Sin embargo, cuando empiezo diciendo «yo opino», y a continuación explico que no debemos comer carne porque masacrar animales, congelarlos y luego freírlos es dañino para el organismo humano y aún más dañino para el organismo de los animales que esperan turno, estoy sentando el supuesto de que lo que afirmo es absolutamente cuestionable. Tendría que aceptar que alguien me dijera que nos paremos más a un tigre que a un oso Panda, y que la «tigridad» misma no puede estar equivocada: coma carne, es muy rica, millones de felinos y de argentinos lo hacen sin culpa. Esto puede o no convencerme, pero ahí justamente radica la naturaleza de la opinión: debe ser confrontada, y la garantía de su verdad radica en ese diálogo donde se ponen a prueba los argumentos contrarios. Sobrevivirán aquellas opiniones mejor fundamentadas. Este es el uso auténtico de la opinión. Ahora que nuestros más televisados intelectuales no sólo se lanzan a opinar sobre la antimateria y los huecos negros, o sobre cómo se hacen las mejores tortillas de patatas, sino además sobre el panorama político y las próximas elecciones, es necesario escuchar con una enorme oreja crítica este mar revuelto de opiniones. Pues si la democracia suele ser un abuso de la estadística —como decía Borges—, entonces la opinión corre el riesgo de ser un abuso de la palabra.



### Ver y creer

(acerca de la libertad de información)

A veces me siento tentado a declinar olímpicamente uno de los privilegios más aplaudidos de nuestro tiempo: el derecho a la información. Ese derecho que se traduce en que una muchedumbre de profesionales de la noticia se encargan de servirnos con puntualidad el teatro de la vida y de la muerte.

En contra de mi capacidad de tolerancia visual, en los últimos días he tenido que ver alrededor de 50 veces la imagen apocalíptica de un avión entrando en una torre, de una torre desmoronándose como una maqueta mal fabricada, y de un panorama registrado desde infinitos ángulos visuales que muestra un paisaje a lo Blade Runner. Todo sazonado con gritos, caras desconcertadas, textos al estilo de «Estados Unidos bajo ataque», y gente saltando desde la torre como si fueran partículas enloquecidas.

Entonces he pensado una vez más que si algo debemos agradecer a nuestra tan careada era de la información, es su capacidad de ponernos cara a cara frente al horror, de dejarnos medir, mientras untamos mantequilla en el pan del desayuno, cómo este bipedo risueño llamado hombre es capaz de producir tantas atrocidades como arena hay en las playas. Porque nuestra época tiene el don de ubicuidad: siempre estamos en todas partes, sobre todo en los sitios donde la monstruosidad humana hace de las suyas. El ciclo infernal de la información —como decía Baudrillard—, produce la puesta en escena de esto que llamamos la realidad. No reproduce el mundo: es el mundo.

Siempre habrá un video aficionado capaz de captar una imagen en vivo como la que estamos viendo desde hace algunos días. Entonces empieza la espiral repetitiva de la noticia apoyada en una imagen que martilla nuestra conciencia, pero no podemos dejar de verla. El martes, por ejemplo, CNN parecía una telenovela: del panorama inicial (torre cayéndose) se pasó a los escombros y de ahí a un ambiguo espectáculo de fuegos artificiales y misiles anónimos en Afganistán. Construcción de una trama, alternando con amenazas de represalia y promesas de violencia justificada en la violencia, detenciones, presuntos implicados, detalles del secuestro, y Beto Ortiz invitando a una charlatana con pinta de Bedette fracasada para hablar de Nostradamus, y a un pastor evangélico para hablar en contra de Nostradamus. Estoy seguro que en alguna cabeza de Hollywood ya se está tramando una superproducción con largos parlamentos patrióticos y un final donde los malos serán castigados. La información es autónoma: se basta a sí misma. Se parece al arte, pues no tiene más finalidad que la de dejarse contemplar. No se le puede abrir un proceso, porque detenta la llave del proceso, y además, sería ingenuo y quizá dañino negar nuestro privilegio de tragarnos un cerro de imágenes espectaculares cada vez que pasa algo. Pero a veces me pregunto, como hacía Javier Marías, si saberse el centro de la atención mundial no se convierte en estímulo para perpetuar los actos más atroces. También me pregunto si la contracara de esta promiscuidad de imágenes de cada día, no es nuestra indiferencia hacia ellas. Esto es, asistir al horror, horrorizarnos (sin dejar de untar mantequilla en el pan del desayuno), salir a la calle un poquito más acostumbrados a que estas cosas pasan, y, como dijo Pío Baroja, pensar que el mundo es «así».